

Revolución Mexicana y exilio español: tesoro, símbolo, legado

Por *Ascensión* HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA*

Introducción

ESTE AÑO 2010 MÉXICO TIENE MUCHO QUE CELEBRAR. En primer lugar, el Bicentenario de la Independencia, momento en el que Miguel Hidalgo comenzó una lucha que llevó al país a una nueva etapa histórica, la de la modernidad. En segundo, se conmemoran los cien años de la Revolución, acontecimiento que supuso un cambio de modelo en la evolución de México y su consolidación como país pionero en la búsqueda de un proyecto nacional con justicia y libertad. Es también el centenario de la recreación de la Universidad, heredera del legado humanista de la vieja Universidad del siglo XVI, que hace un siglo tomó un nuevo rostro acorde con los tiempos y pronto fue nacional y autónoma. Sin duda, tres fechas emblemáticas en la vida del país.

A estas tres fechas podemos añadir una cuarta: el pasado año 2009 se recordaron los setenta años del exilio español, un exilio que vino a reforzar el espíritu de la Revolución y encontró aquí su morada perdida gracias a la voluntad y al esfuerzo del pueblo de México y de su presidente, Lázaro Cárdenas. Gran parte de este exilio fue acogido en la Universidad: en ella se encontró consigo mismo y con la mexicanidad, a la cual se entregó. Tenemos pues muchas fechas que recordar, todas enlazadas entre sí en un *continuum* histórico sobre el cual nos movemos y que sirve de fondo a estas páginas que evocan el exilio español y su significado en la posrevolución y en el acontecer del México contemporáneo.

Siete décadas del exilio español

EL pasado año hubo muchas conmemoraciones para recordar los setenta años de la llegada del exilio español a México en 1939, aunque en realidad el primer grupo de exiliados llegó dos años antes, los llamados “niños de Morelia”. En 1938 llegó un segundo grupo de diez universitarios para los cuales se creó La Casa de España, que pronto

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <atrivino@servidor.unam.mx>.

cambió el nombre a El Colegio de México. Pero 1939 es el año de la llegada del primer barco, el *Sinaia*, con 1600 refugiados a bordo y tal acontecimiento se ha convertido en la fecha emblema del exilio. Las tres fechas se han conmemorado en muchas ocasiones aunque más frecuentemente la de 1939 por ser la que marca el éxodo masivo de barcos que llegaban a puertos mexicanos, principalmente a Veracruz.

El hecho es que desde hace años, el mundo académico mexicano, en forma recurrente, mantiene viva la presencia del exilio español. Una y otra vez se trae a la memoria la emigración republicana española, se rinde homenaje a alguno de sus miembros, se recuerda a los mexicanos que hicieron posible la venida y la acogida de los que salieron de España huyendo de la derrota, a los que les dieron una morada donde vivir en libertad. A todos se les recuerda a menudo y se les rinde tributo de admiración y cariño.

Esta costumbre, que se inició ya hace muchos años, se intensificó con el tiempo a medida que el exilio, más allá de ser un movimiento migratorio, se fue consolidando como un fenómeno social de mucho peso en la historia contemporánea de México. No tenemos aún un estudio diacrónico en el que se registre la secuencia de actividades dedicadas a recordar el exilio español por parte de instituciones mexicanas. Todos recordamos grandes conmemoraciones como las de 1979,¹ para rememorar los cuarenta años de la llegada; la de 1989,² para los cincuenta años, y la de 2009, aún reciente. Podríamos traer a la memoria también algunas de las muchas conferencias, congresos, jornadas, reuniones en torno a un libro, homenajes, develaciones de placas con nombres de exiliados en bibliotecas, auditorios, laboratorios, salones de clase y hasta bustos en centros académicos. A todo esto se suman los recuerdos y conmemoraciones en centros privados españoles en torno a un personaje o a una fecha. Si tuviéramos un

¹ En aquel año se celebró un encuentro de poetas mexicanos y del exilio en el Palacio de Bellas Artes. En el Museo de San Carlos se celebraron mesas redondas y exposiciones de pintura y de obra impresa sobre el exilio. Todo ello está recogido en Moisés Gomero, ed., *Homenaje a México: historia contemporánea de una emigración*, México, Ateneo Español de México, 1983. Hubo muchas otras conmemoraciones patrocinadas por universidades, homenajes de parte de organismos oficiales y ciclos de conferencias en Morelia y Veracruz, así como diversos actos en el Ateneo Español de México. Véase un resumen de dichas actividades en Ascensión Hernández de León-Portilla, "Quinto Centenario: cuatro décadas del Ateneo Español de México", *Cuadernos Americanos*, Nueva época, núm. 26 (marzo-abril de 1991), pp. 147-163.

² Los días 26 y 29 de septiembre de 1989, la Universidad Nacional Autónoma de México organizó un magno congreso en el que sólo mexicanos hablaron de sus maestros españoles con fervor y admiración. Las pláticas están recogidas en *Cincuenta años del exilio español en la UNAM*, México, UNAM, 1991.

registro completo nos quedaríamos atónitos y podríamos calibrar con exactitud cuantitativa la repercusión cualitativa del exilio y su significado como ingrediente sustancial de la conciencia del México contemporáneo. Pero, más allá de un registro fiel de las conmemoraciones y homenajes, no hay duda de que en la memoria colectiva del país existe una fuerte presencia del legado de un grupo, presencia que aflora, hay que repetir, con harta frecuencia y que el pasado año todos pudimos constatar.

¿Por qué ese afán de traer una y otra vez a la memoria el pasado del exilio con su dramático desgarró, con su intenso quehacer en tierra mexicana, con sus logros y su final feliz? Puede que haya muchas respuestas, seguramente las hay. Hoy quiero fijarme en una: quizá es porque las mujeres y los hombres del exilio, por encima de todo, supieron forjarse un nuevo destino mexicano sin olvidar el propio, un destino que supuso una integración al nuevo espacio a medida que el tiempo pasaba y el exilio se empatriaba. Espacio y tiempo los integró en el ser de México, los hizo ingredientes substanciales del presente que vivieron, inseparables de él; desde entonces son parte del proyecto nacional. Sin embargo, esta condición de inseparabilidad no impide una paradoja: que los mexicanos aislen un determinado momento o determinados personajes del exilio para rendirles homenaje como se ha hecho en múltiples ocasiones. Resulta así que el exilio, aunque integrado a México, sigue conservando la capacidad de separarse para ser estudiado y homenajeado como hecho histórico con personalidad propia dentro del acontecer nacional. En las páginas que siguen trataré de explicar al exilio como fenómeno histórico esencial en la vida del México posrevolucionario.

Tesoro, símbolo, legado

PARA entenderlo, podríamos usar una metáfora: el exilio se ha convertido en un tesoro, porque así lo han querido los mexicanos; un tesoro que se exhibe con frecuencia para complacernos en él. Es un tesoro andante que va de un lado a otro, que se estudia, que inspira y hace reflexionar, que se enriquece y enriquece a los que se acercan a él. Al definirlo como *tesoro* estoy usando una metáfora que tiene muy profundo significado. Como muchas de nuestras palabras, *tesoro* viene del latín *thesaurus* y según el *Diccionario* de la RAE quiere decir “cantidad de dinero, valores u objetos preciosos reunida y guardada. También, persona o cosa o conjunto o suma de cosas de mucho precio o

muy dignas de estimación”.³ En realidad, traigo aquí dicha cita solamente para enfatizar el significado que nos conviene y que es del dominio de todos: el de personas o cosas de mucho aprecio dignas de ser reunidas y guardadas porque a lo largo de su vida han construido una obra que trasciende su tiempo y que pasa a ser legado, palabra que designa “aquello que se deja o trasmite a los sucesores”, según el citado diccionario. El legado es pues lo que tenemos, lo que nos dejaron, lo que nos dejarán los exiliados que aún están entre nosotros y que siguen construyendo día a día un pensamiento que se inscribe en los valores de sus mayores. Con esta palabra precisamente terminan muchos escritos sobre el exilio. Pero a su vez, pensamiento y valores pasan a ser símbolos, es decir, imágenes de obras que representan de una forma perceptible una realidad profunda.⁴ Legado y tesoro no se oponen sino que se complementan, pues ambas designan creaciones tangibles e intangibles dignas de ser guardadas, aunque el legado es palabra de naturaleza individual y el tesoro es de naturaleza colectiva. En este ensayo y como una mera convención funcional, podemos considerar que el tesoro está constituido por símbolos y que con el tiempo, el tesoro es un legado para las generaciones venideras.

El tesoro puede ser transportado a cualquier lugar y puede ser expuesto en cualquier espacio. Así, por ejemplo, en ámbitos académicos como universidades, escuelas, casas de cultura; pero también en centros de divulgación como salas de exposiciones e incluso en foros políticos o sociales. El tesoro cambia, se agranda o se achica, se mueve de lugar; es un tesoro andante porque corre tras la gente que lo llama y que lo busca, que lo quiere ver, que quiere dialogar con él. Por ser tesoro, siempre tendrá quien lo admire y lo estudie, un público que aprenderá de él en poco tiempo sin necesidad de leer un mamotreto de historia.

Cuando pensamos en tesoro, puesto que es una palabra de naturaleza colectiva, pensamos en piezas o partes que se pueden separar para verlas mejor, pulirlas y hacerlas brillar. Es el caso del exilio en el que hay múltiples piezas, cada una de las cuales se fue formando con el esfuerzo de los que llegaron. Una vez formadas, se fueron colocando en la vida y en la historia de México como bienes tangibles e intangibles, aunque reales para cualquiera. No fue fácil la formación de

³ La palabra latina se tradujo de la griega *ἐπόδοσις*, la cual se deriva del verbo *ἔθηκε*, poner, dedicar, guardar. *Greek-English Lexicon Founded upon the Seventh Edition of Liddell and Scott's Greek-English Lexicon* (1899), Oxford, Clarendon Press, 1961.

⁴ Para la palabra *símbolo* sigo la definición del citado *Diccionario de la lengua española*, 22ª ed., Madrid, Real Academia Española, 2001.

las piezas con las que se construyó el tesoro. Cada una de ellas fue resultado de dos voluntades: la del país que dio la morada y la de los que llegaron para construir obras que se convirtieron en símbolo, es decir obras que representaran de manera perceptible una realidad forjada día con día. México, país de asilo, creó múltiples moradas en las que los que quedaron sin tierra pudieron reanudar su vida y día tras día crear obras que por su contenido llegaron a ser símbolos, piezas del tesoro, legado para el futuro.

La primera morada: una casa para España

EL primer paso, como es bien sabido, lo da México cuando en cierta manera hace suyo el espíritu de la República y firma un compromiso con ella, enviando toda la ayuda posible con armamento y con la palabra en los foros internacionales.⁵ Tras la derrota, México, por decisión de su presidente, Lázaro Cárdenas (1895-1970), se compromete a dar asilo a los españoles que estuvieran en Francia. Y para ello crea una morada: acondiciona espacios, entre ellos dos castillos, La Reynarde y Montgrand, cerca de Marsella, con bandera mexicana, para acoger a los sin patria y mitigar el dolor y el desamparo de los primeros tiempos. Allí organiza la evacuación en plena guerra mundial, en condiciones muy difíciles, pues Francia estaba invadida por el gobierno nazi y solamente contaba con un cuerpo de diplomáticos valientes y persuasivos.⁶

Verdad es que para 1939 México ya había ejercido una política de asilo,⁷ pero quizá por vez primera en la historia de dicho fenómeno, un país crea una morada fuera de su territorio para acoger a refugiados.

⁵ El tema se trata extensamente en José Antonio Matesanz, *Las raíces del exilio: México ante la Guerra Civil Española (1936-1939)*, México, UNAM/El Colegio de México, 1999.

⁶ Existen muchos testimonios y estudios sobre la ayuda del gobierno de Cárdenas a los republicanos españoles en suelo francés. Una síntesis en Ascensión Hernández de León-Portilla, *España desde México: vida y testimonio de transterrados*, México, UNAM, 1978, y Madrid, Algaba, 2004, pp. 74-76. En este libro se publica también el testimonio de Antonio María Sbert sobre las gestiones de México ante el gobierno de Vichy, pp. 386-388. Un trabajo monográfico es el de Víctor Alfonso Maldonado, *Las tierras ajenas: crónica de un exilio*, México, Diana, 1992. Un trabajo reciente con bibliografía sobre el tema es el coordinado por Dolores Pla Brugat, "Un río español de sangre roja", en *Pan, trabajo y hogar: el exilio republicano español en América Latina*, México, INAH, 2007, pp. 55-58.

⁷ La actitud de México para con los perseguidos políticos desde el Porfiriato es el tema del libro de Fernando Serrano Migallón, *El asilo político en México*, México, Porrúa, 1998.

La decisión de Lázaro Cárdenas marca una fecha histórica en las relaciones hispano-mexicanas: después de un siglo de desencuentros entre los dos países, México abrió sus puertas, con generosidad y entusiasmo sin paralelo, a los perdedores de una República a la que Cárdenas defendió con una entrega y fidelidad total, quizá porque se sentía muy cerca de ella, ya que los ideales republicanos coincidían plenamente con los de la Revolución Mexicana. Pero en la decisión de Cárdenas se advierte también una voluntad de reconciliación, quizá para romper el largo desencuentro del siglo XIX y recuperar una herencia histórica:

Así viene a comprobarse en la experiencia la demostración de que el gobierno que presidió sirvió a móviles de interés nacional cuando atrajo a esta inmigración española, cuya raza y calidad es la que ahora, como en otro tiempo, puede mejor asimilarse en el pueblo mexicano, de tan acusada estirpe hispánica.⁸

En suma, tal hecho sólo puede entenderse como el deseo de una enorme voluntad de salvar a un país al que se quiere mucho, como el símbolo del sentimiento de un hermano que quiere salvar las creaciones del otro y ganarse un lugar en su corazón para siempre. Con el tiempo, el símbolo se agrandó y llegó a ser pieza importante del tesoro.

La morada creada en Francia no tiene precedentes históricos pero no fue la primera que México creó para dar refugio a los vencidos. En suelo mexicano ya había dos moradas, la Escuela Industrial España-México en la ciudad de Morelia y La Casa de España en la capital de la República. La Escuela España-México, que funcionó en forma de internado, se constituyó para acoger al primer grupo de refugiados, cuatrocientos cincuenta y siete niños pequeños y adolescentes. El propio presidente Cárdenas hizo saber a su homólogo Manuel Azaña (1880-1940) la intencionalidad de su decisión: “El Estado mexicano toma bajo su custodia a estos niños rodeándolos de cariño y de instrucción para que mañana sean dignos defensores del ideal de su patria”. Como es bien sabido, las desventuras de la escuela fueron muchas y en palabras de Dolores Pla, estudiosa de este tema, “la historia de este grupo de niños fue una de las más tristes del exilio español en México”.⁹ Si nos situamos en el momento histórico mexicano, hemos de ver a esta escuela como un experimento de implantar la educación socialista y

⁸ Lázaro Cárdenas, *Obras 1, Apuntes*, México, UNAM, 1972, vol. II, p. 7.

⁹ Pla Brugat, “Un río español de sangre roja” [n. 6], p. 45. Las obras más completas sobre el tema son la de Dolores Pla Brugat, *Los niños de Morelia: un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México*, México, INAH, 1985; y la de Emeterio Payá, *Los niños de Morelia (el exilio infantil en México)*, México, Edamex, 1985.

para tal experimento, nos dicen Silvia Figueroa Zamudio y Agustín Sánchez Andrés, el gobierno de México puso su mejor esfuerzo en preparar el internado y en procurar su óptimo funcionamiento para lograr “una experiencia educativa singular dentro del espíritu de la educación socialista del cardenismo”.¹⁰ Con el paso del tiempo, la escuela se fue haciendo símbolo de una España mártir que tiene que desprenderse de sus seres más queridos porque sabe que en ellos está la semilla de la esperanza para que se preserven unos valores que hay que guardar para que fructifiquen en el futuro.

La otra morada establecida por México en 1938 fue La Casa de España, cuya creación obedece también a la idea de un refugio dentro del asilo, un doble refugio puede decirse, ya que fungió como centro de acogida mientras los que llegaban encontraban trabajo. La iniciativa se debió a un grupo de intelectuales mexicanos encabezado por Daniel Cosío Villegas (1898-1976), y la decisión, desde luego, al presidente Cárdenas. Para crear esta morada, el gobierno de México desarrolló una “política de atracción” de intelectuales españoles muy intensa.¹¹ Quizá por ello hubo una pronta respuesta en reconocidas figuras que llegaron a México en 1938. Entre ellas estaba el rector de la Universidad de Madrid, José Gaos (1900-1969).¹² En marzo de 1939, Alfonso Reyes (1898-1959) fue nombrado presidente, hecho muy venturoso para los que llegaron, ya que don Alfonso había vivido muchos años en Madrid y era un gran hispanista. En realidad, Reyes fue el anfitrión de muchos profesores que salieron de España al terminar la guerra y que vinieron a lo largo de 1939 y 1940, a partir de la llegada del *Sinaia*, el 13 de junio de 1939. La Casa se convirtió, hay que repetir, en morada de moradas, pues aunque los primeros años no tuvo una sede propia, desempeñó el papel de receptor en primera instancia del gran contingente de intelectuales españoles y los distribuyó en centros académicos, especialmente en la Universidad Nacional, el Instituto Politécnico Nacional, el Instituto Nacional de Antropología e Histo-

¹⁰ Silvia Figueroa Zamudio y Agustín Sánchez Andrés, coords., “Una utopía educativa: la Escuela España-México”, en *De Madrid a México: el exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Morelia/Madrid, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Comunidad de Madrid, 2001, p. 270. En este trabajo los autores analizan los problemas de funcionamiento interno y el contexto de politización que se generó alrededor de la escuela.

¹¹ Así la definió José Miranda en su ensayo “La Casa de España”, *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. XVIII, núm. 1 (1968), p. 6, n. 1.

¹² Además de Gaos, vinieron Enrique Díez Canedo, José María Ots Capdequí, Gonzalo Lafora, Juan de la Encina, Agustín Millares Carlo y Enrique Bal y Gay. Al grupo se incorporaron tres españoles que ya estaban aquí: León Felipe, Luis Recasens Siches y José Moreno Villa.

ria y las Universidades de Morelia, Guadalajara, Guanajuato, San Luis Potosí y Monterrey, además de la Escuela Nacional de Artes Plásticas, la Escuela Nacional de Música, la Escuela Superior de Música, la Escuela Normal de Maestros y la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

La numerosa correspondencia de Alfonso Reyes con figuras e instituciones mexicanas y con los propios refugiados, revela los esfuerzos de acomodo y apoyo del hombre que se preocupaba por buscar a cada quien un hogar digno en buenas condiciones laborales donde restablecer la vida académica. En las cartas de don Alfonso se descubre cómo él y sus colegas van construyendo un centro de acogida basado en el trabajo y la esperanza, en la restauración de un ambiente académico muy parecido al que dejaron en España. Un documento de 1939 revela la creación de este centro y la respuesta de los científicos y humanistas españoles, que pronto inundaron de actividades las instituciones académicas mexicanas. Me refiero al “Índice de trabajos realizados por los miembros residentes, honorarios y especiales de La Casa de España en México en 1939”. En este “Índice”, los proyectos propuestos por los españoles para el curso de 1940 ocupan treinta páginas entre clases, cursillos, conferencias y publicaciones de diversa índole.¹³

En 1940, La Casa de España, desbordada por el gran número de españoles que llegaron y otros muchos mexicanos que se incorporaron a ella, se institucionalizó en una corporación de estudios humanísticos y sociales y cambió su nombre a El Colegio de México. En estos dos años, “La Casa sembró una semilla de creación y libertad espiritual [...] de fermentos y levadura, de vida intelectual y plena y logros para crecer”, afirma Clara Lida.¹⁴ El Colegio creció rápidamente: en 1943 se fundó el Centro de Estudios Históricos dirigido por Silvio Zavala con la inspiración del Centro de Estudios Históricos de Madrid que la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas había fundado varios años antes bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal (1876-1968). Durante unos años, los cursos y los grados se daban en la Escuela Nacional de Antropología e Historia mientras el Colegio era

¹³ Véase Alberto Enríquez Perea, comp., *Alfonso Reyes en la Casa de España en México (1939 y 1940)*, México, El Colegio de México/El Colegio Nacional, 2005, pp. 301-332. Gran parte de la correspondencia de Reyes ha sido publicada por Enríquez Perea. Interesantes son los volúmenes que recogen las cartas con José Puche y Millares Carlo.

¹⁴ La Casa de España vivió desde el 1° de julio de 1938 hasta el 16 de octubre de 1940, véase Clara Lida, José Antonio Matesanz y Josefina Zoraida Vázquez, *La Casa de España y El Colegio de México: memoria 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000, p. 133.

el responsable del proyecto académico y las publicaciones. Ese mismo año de 1943 se fundó el Centro de Estudios Sociales bajo la dirección de José Medina Echevarría (1903-1977), uno de los primeros del continente en su género. Unos años después surgió el Centro de Estudios Filológicos, bajo la dirección de Raimundo Lida (1908-1979), quien dio trabajo a los profesores de las materias de contenido humanístico que se impartían en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Además de estos tres centros, El Colegio patrocinó el Seminario para el Estudio del Pensamiento en los Países de Lengua Española, fundado y dirigido por José Gaos, y el Seminario de Historia de México, que más tarde fundó Daniel Cosío Villegas.¹⁵ El seminario fundado por Gaos e impartido en El Colegio y en la Facultad de Filosofía y Letras pronto se convirtió en un foco de pensamiento que renovó el quehacer filosófico con una nueva tarea: la de reflexionar sobre la filosofía mexicana, sobre “México y lo mexicano”, y también sobre América y lo americano, tarea que se derramó en un grupo de discípulos, autores de obras fundamentales para el pensamiento del México contemporáneo.¹⁶

En estos centros se desarrollaron a sus anchas los profesores españoles durante la década de 1940 y la siguiente, particularmente los humanistas. En aquella morada desempeñaron una labor que pronto se manifestó en una renovación del pensamiento: se acepta que su presencia supuso la llegada de nuevos puntos de vista para enfocar la historia, de nuevas teorías historiográficas de moda en Europa como el historicismo, el vitalismo, la historia cuantitativa; de nuevas materias que abrían el conocimiento de épocas históricas como la prehistoria, la historia antigua y medieval, al mismo tiempo que ayudaban a superar viejas polémicas entre conservadores y liberales, hispanistas e indigenistas. Además, como los profesores españoles no tenían otro trabajo que el de enseñar, se fue imponiendo el modelo de profesor de carrera, modelo que acabó triunfando. Poco a poco aquella morada se fue haciendo símbolo de creatividad lograda por el trabajo compartido de españoles y mexicanos, símbolo de un “gran estilo”, afirma Clara Lida recordando una carta del químico Juan Xirau (1903-1976) escrita a Alfonso Reyes en 1939:

¹⁵ La creación y funcionamiento de estos centros puede verse con detalle en *ibid.*, pp. 177-277.

¹⁶ La labor de Gaos en la cátedra y su interés por la filosofía mexicana, además de sus publicaciones sobre este tema, han sido objeto de muchos estudios, véase Leopoldo Zea, “José Gaos, el hispano-americano”, *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura* (Barcelona), núms. 130-131 (1972), pp. 58-69.

Mi afán sería que de esta tremenda desgracia saliera algo de gran estilo que nos permitiera a todos con el tiempo bendecir el destino amargo que nos la ha deparado. Sería doloroso que el gesto espléndido de ustedes se redujera a un acto de generosidad. Si pudiéramos convertir el mal en bien, nuestros esfuerzos y la generosidad de ustedes tendrían su pleno fruto.¹⁷

¿Qué era para Juan Xirau el “gran estilo”. La palabra viene del griego, si bien nos ha llegado a través del latín *stilus* —punzón para escribir en tablas enceradas—, hoy quiere decir modelo, modo. Quizá Xirau quiso expresar con ella una manera de pensar y de vivir en la que importaba transformar lo negativo en positivo. Hoy podemos interpretar la palabra como trazo que se hace al actuar y que deja huella y marca un modelo y podemos aplicarla al modo de vida de los profesores de los que venimos hablando. Crearon ellos su propio modelo, combinando su creatividad académica con el compromiso de cultivar y recrear la memoria de su pasado, y con un compromiso no menor de involucrarse en el presente revolucionario mexicano. De esta manera su modelo fue reconocido como un símbolo de adaptación al país de asilo y como ingrediente del proyecto mexicano surgido de la Revolución.

*Una morada para todos:
la Universidad Nacional Autónoma de México*

MIENTRAS se organizaba La Casa de España en 1939, otra gran morada se abría para los profesores: la Universidad Nacional Autónoma de México. Aunque fundada en el siglo *xvi*, la Universidad se reorganizó a principios del *xx* y tomó un enorme impulso constructivo una vez sosegada la lucha armada, especialmente en la década de 1920. Pero fue a partir de la siguiente década cuando empezaron a cuajar los programas de creación de los institutos de investigación y los posgrados. Este hecho favoreció que los profesores que llegaron encontraran pronto acomodo en el proyecto de expansión de la UNAM, no sólo como profesores e investigadores sino también como fundadores de centros de estudio.¹⁸ Desde 1939 el rector Gustavo Baz (1894-1887) emprendió una política de brazos abiertos, como puede verse en la correspon-

¹⁷ *Apud.* Lida, Matesanz y Vázquez, *La Casa de España y El Colegio de México* [n. 14], p. 300. La carta se guarda en el Archivo Histórico de El Colegio.

¹⁸ Una síntesis sobre esta etapa de expansión de la Universidad Nacional puede verse en Ascensión Hernández de León-Portilla, “Presencia española en la UNAM: rasgos generales”, en José Luis Abellán y Antonio Monclús, coords., *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*, Barcelona, Anthropos, 1989, vol. II, pp. 159-206.

dencia que mantuvo con Alfonso Reyes. Ambos organizaban cursos y conferencias compartiendo maestros, proyectos, ideas.¹⁹ Y más allá de la acogida académica, los mexicanos mostraron una generosidad ilimitada:

Cuando llegamos los primeros —dice Gaos— era director de la Facultad Antonio Caso. La forma en que nos ofreció y mantuvo la especialidad de su Casa me movió a decir que había sido la de un gran señor de la inteligencia. Por ella y por la acogida que en general se nos hizo, dije, en comida de profesores mexicanos y españoles, que no nos sentíamos desterrados sino transterrados.²⁰

La Facultad de Filosofía y Letras pronto aumentó su cuadro de profesores de forma sorprendente. En ella hicieron su casa los filósofos de las escuelas de Madrid y Barcelona, los historiadores y filólogos del Centro de Estudios Históricos, los prehistoriadores y antropólogos formados en las corrientes de última hora, los literatos de la generación de 1927. Ayudaron todos a organizar nuevos posgrados, a formar el Centro de Estudios Filosóficos, el Instituto de Investigaciones Históricas. La Facultad de Derecho también se enriqueció con nuevos maestros y nuevas teorías que dejaron una profunda huella y ayudaron a la creación del Instituto de Investigaciones Jurídicas.²¹ En arquitectura se formaron seminarios de nuevas estructuras, de historia del arte. Muchos pintores se integraron a la Escuela de San Carlos y ampliaron el horizonte de la pintura mexicana con nuevas propuestas, en un momento de esplendor del muralismo mexicano. En música, el grupo de la llamada Escuela de Madrid se trasladó en gran parte al Conservatorio y a la Escuela Superior de Música de México. Los nombres de todos ellos integran un elenco que una y otra vez salta a las páginas de revistas y libros²² para resaltar que hubo un “feliz encuentro”, como decía

¹⁹Alberto Enríquez Perea, *Inteligencia española en México: correspondencia Alfonso Reyes/Gustavo Baz (1939-1958)*, México, El Colegio Nacional, 2001.

²⁰Apud Raúl Cardiel Reyes, “La filosofía”, en *El exilio español en México, 1939-1982*, México, FCE, 1982, p. 216.

²¹Una monografía muy amplia sobre los juristas se debe a Fernando Serrano Migallón, *Los maestros del exilio español en la Facultad de Derecho*, México, UNAM/Porrúa, 2003.

²²Son muchas las monografías sobre la labor de los humanistas españoles en la UNAM, un buen número de ellas publicadas en libros colectivos. Recordaré los coordinados por María Luisa Capella, *El exilio español y la UNAM (Coloquio)*, México, UNAM, 1987, y por Abellán y Monclús, *Pensamiento español contemporáneo y la idea de América* [n. 18], 2 vols. A estos títulos pueden añadirse los recogidos en cuatro obras de conjunto: la de José Luis Abellán, *El exilio español de 1939*, Madrid, Taurus, 1976-1978; *El exilio español en México, 1939-1982* [n. 20]; *Cincuenta años del exilio español en la UNAM*,

Leopoldo Zea (1912-2004), y un “vigoroso injerto” en la cultura mexicana, en frase de Héctor Fix Zamudio.²³ En sus clases supieron armonizar logos y belleza, filosofía y poesía con rigor y precisión. Supieron también enriquecer la filosofía de la historia con la reflexión filosófica, ampliar el campo de la historiografía, enriquecer la tradición clásica de México: “De nuestros maestros, nunca dejaremos de hablar. Siempre nos quedamos con la sensación de que hay mucho que decir y que las palabras no son suficientes”, dice Mari Carmen Serra Puche al recordar a los antropólogos.²⁴

Pero este intenso recuerdo y huella se logró por la capacidad de acercamiento y comunión de intereses con sus colegas mexicanos que se manifestó muy pronto. Un testimonio nos acerca al ambiente que existía en la Facultad de Filosofía y Letras a mediados de 1940. Proviene de Eduardo García Máynez (1908-1933), al recordar la formación del Centro de Estudios Filosóficos:

Deseo recordar que entre 1937 y 1940 llegaron de España muchos y muy distinguidos intelectuales para los que uno de ellos, el doctor José Gaos, inventó el calificativo feliz de *transterrados*. La incorporación de varios de los más ilustres a la Facultad de Filosofía y Letras me hizo pensar en la conveniencia de dar mayor amplitud a los trabajos del Centro y de intentar, con tan valioso esfuerzo, una serie de empresas editoriales.²⁵

Precisamente en 1940 se fundó el Centro de Estudios Filosóficos, que después se llamó Instituto de Investigaciones Filosóficas. Y poco después cuajó una de las empresas editoriales de las que habla García Máynez, la publicación de la *Revista de Filosofía y Letras*, fundada en 1941, de la que salieron cincuenta y cuatro volúmenes, considerada hoy una fuente para conocer el pensamiento humanístico de la década de 1940. La presencia en ella de los profesores españoles fue

México, UNAM, 1991; y *Científicos y humanistas del exilio español en México*, México, Academia Mexicana de Ciencias, 2006. Por último, Alicia Mayer, coord., *Nostris magistris hispanis ex exilio provenientiibus*, México, UNAM, 2007.

²³ Héctor Fix Zamudio, “El derecho”, en *Las humanidades en México, 1950-1975*, México, UNAM, 1978, p. 309; Leopoldo Zea, “Revolución Mexicana y transierrío español”, en *El exilio español en México, 1939-1982* [n. 20], p. 546. Zea aplica el concepto de *encuentro* a la relación de Samuel Ramos y José Gaos, pero dicho concepto puede ampliarse a otros muchos profesores españoles y mexicanos, véase Hernández de León-Portilla, “Presencia española en la UNAM” [n. 18], pp. 165-169.

²⁴ *Científicos y humanistas del exilio español en México* [n. 22].

²⁵ Eduardo García Máynez, “Breve historia del Centro de Estudios Filosóficos”, *Dianoia. Anuario de Filosofía* (UNAM), núm. 12 (1966), p. 240. Cabe añadir que esta revista se fundó en 1945, gracias a los esfuerzos de García Máynez y Eduardo Nicol.

constante, lo mismo que en la *Revista de la Universidad*, fundada poco después. Hay que recordar que otra de las grandes empresas fue la creación de la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*, una de las colecciones bilingües de clásicos más importantes de América.²⁶

Debemos al mismo García Máynez otro testimonio del acercamiento y la colaboración entre españoles y mexicanos referido a la época en que él fue director de la Facultad, es decir, los primeros años de 1940:

Quiero subrayar el papel que desempeñó en esas empresas [La Facultad y el Centro de Estudios Filosóficos] lo mismo que en las actividades docentes y en el cultivo y divulgación de las ideas filosóficas, el grupo de maestros españoles. Lo que entonces se hizo, difícilmente habría podido lograrse sin su ayuda. Aquellos años fueron un momento feliz de nuestra Facultad, pues los azares de la historia hicieron que entre sus profesores figuraran, junto a los más notables entre los mexicanos —Antonio Caso, Ezequiel A. Chávez, Alfonso Reyes, Samuel Ramos y José Vasconcelos, ya desaparecidos— varios de las Universidades de Madrid y Barcelona.²⁷

El recuerdo de García Máynez muestra la colaboración en la tarea común que asumieron españoles y mexicanos, la de forjar juntos grandes empresas y con ellas revitalizar la Universidad. Pero, más allá de la tarea académica se impuso una atmósfera de comprensión y fusión de intereses como pocas veces puede lograrse. Tal es el testimonio del citado García Máynez:

Recuerdo que en aquella época me reunía, casi todos los días para forjar nuevos y cada vez más ambiciosos proyectos, con dos de mis colaboradores más entusiastas: el fino y sentencioso García Bacca con su no perdido aire ascético y sacerdotal y el eufórico, locuaz y siempre optimista Roura Parella. Fue entonces cuando descubrí, como Cándido el de Voltaire, que lo mejor de la vida es el trabajo, cuando el trabajo puede interpretarse como respuesta a un llamamiento que sale de los hondones del espíritu.²⁸

²⁶ En 1944 se publicaron los cuatro primeros volúmenes, tres de Juan David García Bacca y uno de Agustín Millares Carlo. En realidad, los diez primeros volúmenes están firmados por latinistas españoles. En total son veinte los volúmenes debidos a refugiados, véanse Roberto Heredia Correa, *Catálogo de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*, México, UNAM, 1996, y Ascensión Hernández de León-Portilla, “Filólogos españoles en la UNAM”, en *El pensamiento español* [n. 18].

²⁷ García Máynez, “Breve historia del Centro de Estudios Filosóficos” [n. 25], p. 240.

²⁸ *Ibid.*, p. 243.

La política de brazos abiertos del rector Gustavo Baz cristalizó en una acogida muy amplia para los científicos. La llegada de ellos coincidió con un momento en que la Facultad de Ciencias desglosaba y reforzaba varias especialidades, al mismo tiempo que tomaban vida cuatro institutos de investigación, los de Física, Química, Matemáticas y Biomédicas. Muchos de los que llegaron tenían experiencia y se integraron perfectamente a los nuevos centros universitarios. Tal era el caso de los físicos formados en el Instituto de Física fundado por Blas Cabrera (1878-1945), del de Matemáticas del cual era director Julio Rey Pastor (1888-1962), y del de Química que dirigía Antonio Madinaveitia (1890-1974). Un grupo de médicos brillantes hizo de la Universidad su nueva casa de investigación, en especial la élite formada en el Instituto Cajal y en el Laboratorio de Fisiología de Juan Negrín (1892-1952), así como los formados en Barcelona, el de Fisiología fundado por Augusto Pi i Suñer (1879-1965), y el Laboratorio Municipal del Parque donde enseñaba Ramón Turró (1854-1926). Creado por Ignacio Bolívar (1850-1944), el Museo de Ciencias Naturales de Madrid perdió a varios de sus investigadores que se trasladaron a México. En una palabra, la Universidad Nacional fue la morada donde esta élite española, que empezaba a despuntar en los centros patrocinados por la Junta para Ampliación de Estudio, restableció su quehacer con los científicos mexicanos y se fortaleció como un núcleo que aportó mucho a la consolidación de la ciencia mexicana del siglo xx.²⁹

En realidad los exiliados llegaron en un momento histórico en el que la energía liberada en la Revolución se canalizaba hacia el mundo de la realización de grandes obras, hacia el terreno de la creatividad y se daba forma a una política social orientada a impulsar el desarrollo del país. Llegaron en un momento histórico similar al que ellos habían buscado como meta de su programa republicano y este hecho propició que al llegar a México se estableciera una corriente de simpatía ideológica con los revolucionarios. Ellos habían sido fermento de cam-

²⁹ Véase un resumen de la labor de los científicos en la UNAM en Hernández de León-Portilla, "Presencia española en la UNAM" [n. 18], vol. 1, pp. 161-163, y 190-202. Como trabajos monográficos pioneros recordaré los de Pilar Rius, "Los exiliados españoles y la creación del Instituto de Química", y Augusto Fernández Guardiola, "Semblanza de cuatro médicos españoles", en Capella, coord., *El exilio español y la UNAM (Coloquio)* [n. 22], pp. 35-42 y 43-50. Asimismo Germán Somolinos D'Ardois, "25 años de medicina española en México", Ateneo Español de México, 1966. Como obra de conjunto, la de Francisco Giral, *La ciencia española en el exilio, 1939-1989*, Barcelona, Anthropos, 1994; y el libro colectivo de Sánchez Andrés y Figueroa Zamudio, coords., *De Madrid a México* [n. 10]. A estos títulos cabe añadir los ensayos recogidos en las cuatro obras de conjunto citadas al final de la nota 22.

bio en su país y al perder este estatus, se sintieron entusiasmados por encontrarlo aquí, concretamente en la Universidad Nacional. Esta casa de estudios estaba en pleno periodo de expansión y los que llegaron ayudaron a darle un impulso académico a partir de la década de 1940.³⁰ En suma, la morada universitaria fue un espacio de creación en el que se acuñó una pieza del tesoro que con el tiempo se transformó en símbolo, y el símbolo es legado substancial que de vez en cuando se exhibe, se celebra y se admira.

Una morada más para los científicos

LA Universidad Nacional no sólo compartió morada con El Colegio de México sino también con el Instituto Politécnico Nacional, en particular con la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas creada en 1934. Desde su llegada en 1939, el Instituto Politécnico contrató a varios profesores destacados, entre ellos a Ignacio Bolívar y Urrutia con algunos de sus discípulos, conocidos naturalistas que laboraban con él en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Pronto se incorporaron muchos más a este nuevo centro de estudios que estaba abriendo camino en la preparación de un gran alumnado. Una placa en el Casco de Santo Tomás, sede del Instituto Politécnico, recuerda los nombres de los cuarenta y cinco entusiastas universitarios que allí laboraron, todos ellos conocidos entre un público muy amplio. Su tarea consistió en enseñar e investigar pero también fundaron revistas y posgrados, abrieron nuevas materias y crearon laboratorios especializados como el de Paleocología en Petróleos Mexicanos. Sus alumnos los recuerdan como innovadores, “exploradores de infinitos”, como formadores de recursos humanos con entrega generosa y continua como docentes que murieron con las “batas puestas”.³¹ Una vez más, la morada se transformó en símbolo de la manera de hacer ciencia y de compartirla con los alumnos; hoy día el símbolo es una pieza del tesoro que la placa se encarga de recordar a todo el que por allí pasa.

³⁰ Un resumen sobre la ciencia en España antes de la Guerra Civil lo ofrece Adolfo Martínez Palomo en “Médicos”, en *Científicos y humanistas del exilio español en México* [n. 22].

³¹ Ramón Álvarez Buylla, María Luisa Sevilla y Guillermo Carvajal Sandoval, “Naturalistas”, en *ibid.*, pp. 150-152.

*Más allá de la capital:
la morada michoacana*

COMO se dijo en páginas anteriores, una de las tareas de La Casa de España fue la de distribuir el gran contingente de profesores en universidades de provincia: Guadalajara, Guanajuato, Monterrey, San Luis Potosí. De todas ellas la que acogió mayor número de profesores fue la de San Nicolás de Hidalgo, en la ciudad de Morelia. La Universidad Nicolaita, de gran tradición académica en el contexto universitario mexicano, vivía un momento de mucho dinamismo, impregnada del sentimiento revolucionario del cardenismo, quizá por ser Morelia la capital del estado donde nació Cárdenas. Era una ciudad apropiada para acoger a los que llegaban, admiradores de corazón de Lázaro Cárdenas y de sus ideales revolucionarios; era además una ciudad con un bello centro histórico ordenado y dispuesto con aire elegante y clasicista.

Muy pronto, en 1939, empezaron a llegar figuras conocidas para quedarse como residentes, tal caso fue el de María Zambrano, o para dar cursos como José Gaos. Además, en 1940, los nicolaitas programaron una intensa temporada de conferencias y publicaciones para conmemorar el IV Centenario de la fundación del Colegio de San Nicolás por Vasco de Quiroga (c. 1470-1565), del cual se sienten herederos. El 8 de mayo celebraron la fundación con asistencia de Cárdenas y un sinfín de gentes. Entre otros hablaron Enrique Díez Canedo (1879-1944) y José Bergamín (1885-1983). El recibimiento no podía ser mejor. Es más, como parte de la conmemoración se creó la “Universidad de Primavera Vasco de Quiroga”, inspirada en el modelo de la Universidad de Verano de Santander, idea debida al filósofo michoacano Juan Hernández Luna.³²

Se conservan los programas de los cursos de la Universidad de Primavera que empezaron en 1940. En este año y en los dos siguientes participaron veinticinco intelectuales del exilio junto a los mejores de la ciencia y el humanismo mexicanos.³³ Pero además de los profesores de la Universidad de Primavera hubo varios que se quedaron como

³² La creación de la Universidad de Primavera está recogida en Gerardo Sánchez Díaz, “Las voces del exilio español en Morelia, 1938-1943”, en Sánchez Andrés y Figueroa Zamudio, coords., *De Madrid a México* [n. 10], p. 281.

³³ Fueron ellos José Medina Echevarría, Luis Recasens Siches, Enrique Díez Canedo, Juan de la Encina, pseudónimo de Ricardo Gutiérrez Abascal, Antonio Madinaveitia, José Gaos, Gonzalo Lafora, Fernando de los Ríos Urruti, Pedro Carrasco, José Giral, Joaquín Xirau, Manuel Pedroso, José Carner, Carlos Velo, Manuel Martínez Aguilar, Eduardo Nicol e Isaac Costero, en *ibid.*, pp. 285-302.

residentes en Morelia. Es el caso de María Zambrano (1904-1991),³⁴ Rafael (1891-1966) y Fernando de Buen Lozano (1895-1962),³⁵ Diego Rosado de la Espada, Juan Xirau y Adolfo Sánchez Vázquez. En el caso de Fernando de Buen cabe recordar que desempeñó una labor cardinal en los estudios de limnología, siguiendo la línea trazada por su padre, Odón de Buen y del Cos (1863-1945), fundador y director del Instituto Español de Oceanografía. Otros muchos llegaron como conferencistas o para dar cursillos como Juan Roura Parella, Eugenio Ímaz (1900-1950), Joaquín Xirau (1895-1946) y Juan Rejano (1903-1976). Una desavenencia surgida entre las autoridades del gobierno y la Universidad en 1943, desembocó en un conflicto que acabó con la estancia de los profesores españoles en Morelia.

En suma, la Universidad Michoacana fue una breve pero intensa morada para los universitarios españoles. Allí tomaron contacto con un ambiente de provincia, culto y revolucionario y pudieron desempeñar funciones insospechadas. Su trabajo dejó una huella que con el tiempo se ha convertido en símbolo de creatividad. Quizá por ello los universitarios de Morelia no cesan de publicar acerca del exilio.³⁶ Particularmente en las últimas décadas, los michoacanos han puesto los ojos no sólo en los profesores que dejaron allí una semilla, sino en el exilio como un todo que se hizo presente con fuerza en la Universidad Nicolaita. Los michoacanos han hecho suyo el exilio, lo reviven y lo recuerdan como un legado que se agranda, como una pieza clave del tesoro.

En resumen, la labor de los profesores españoles se engrandece con el tiempo. En sus moradas hicieron símbolo del maestro que conoce y que comparte, humilde, que sabe acercarse a sus colegas mexicanos, flexible, antidogmático, que prolonga su saber fuera del aula, due-

³⁴ Zambrano trabajó intensamente en Morelia y en 1939 la Universidad Michoacana le publicó *Filosofía y poesía*. Al concluir el año escolar, a fines de 1939, dejó Morelia para siempre por motivos ideológicos, *ibid.*, pp. 303-312.

³⁵ Sobre los hermanos De Buen, véase Francisco Pelayo, "La etapa científica española de los biólogos Rafael y Fernando de Buen Lozano", y Gerardo Sánchez Díaz, "El doctor Rafael de Buen: el trabajo de un exiliado español en la Universidad Michoacana", ambos trabajos en Gerardo Sánchez Díaz y Porfirio García de León, coords., *Los científicos del exilio español en México*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Sociedad Española de Historia de la Ciencia y de la Tecnología, 2001, pp. 409-441 y 443-456, respectivamente.

³⁶ Sirvan como ejemplo tres libros recientes: *Los científicos del exilio español en México* [n. 35]; *De Madrid a México* [n. 10]; y de Francisco Javier Dosil Mansilla, coord., *Faustino Miranda: una vida dedicada a la botánica*, Morelia/Madrid, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/csc, 2007.

ño de capacidad de análisis, capaz de influir más allá de la cátedra. He aquí el testimonio de Francisco Giral (1911-1992):

Los españoles trabajaron mezclados con los mexicanos. Hay que recalcar que fueron importantes no porque hayan hecho grandes cosas ni grandes aportaciones, sino porque fueron piezas de trabajo que aportaron cosas pequeñas; pero reforzando grupos mexicanos se lograron grandes cosas.³⁷

En México retomaron su tarea con vocación y amor, porque lo que no podían hacer en España lo pudieron realizar aquí; ellos sintieron que la inteligencia que la España vencedora rechazaba, México la deseaba; y porque, perdida la guerra, había que ganar el exilio. Retoñaron en su nueva tierra sin amargura, sin rencor, porque ella les dio lo que habían perdido. Muchos de los hombres que forjaron la Edad de Plata llegaron a México y aquí siguieron dando vida a aquella edad que marcó el humanismo español del siglo xx.

Muchas moradas que perduraron

PARA los universitarios, que eran muchos, México creó grandes moradas en las mejores instituciones culturales, las universidades. Para los no universitarios, el gobierno de México ofreció de inmediato una enorme morada que muchos pudieron aprovechar instalándose en este país. Esta enorme morada se construyó sobre el gran cimiento de la simpatía ideológica de unos y otros y con el compromiso de todos con el programa social de la Revolución. Contaron para ello con la protección del gobierno republicano a través de recursos proporcionados por dos organismos, el Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE), dirigido por José Puche, partidario de Negrín, y la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE), dirigida por Indalecio Prieto.³⁸ Primero el SERE y luego la JARE se encargaron de aliviar las terribles carencias que todo huido lleva consigo en los primeros años, los más difíciles. Ambos organismos contaban con la misma fuente de recursos, los fondos del gobierno republicano que don Juan Negrín, desde Londres, se encargaba de distribuir. Los dos organizaron una

³⁷ *Apud* Santiago Capella *et al.*, “Químicos”, en *Científicos y humanistas del exilio español en México* [n. 22], p. 172.

³⁸ El doctor José Puche se hizo cargo del SERE en México, organismo fundado por Negrín en París. La JARE se fundó también en París. En México la dirigió Indalecio Prieto y contó con los fondos del famoso yate *Vita*. Para más datos, véanse los testimonios de los citados dirigentes en Hernández de León-Portilla, *España desde México* [n. 6], pp. 72-73, 91, 95-96, 253, 279, 295-296.

política social que iba desde primeros auxilios —comedores, ayudas en dinero— hasta proyectos de creación de industrias a través de Financiera Hispano-Mexicana. Se logró dar vida a varias fábricas, a proyectos de cultivos agrícolas, a servicios médicos de beneficencia, a casas-hogar para los niños de Morelia y se logró crear una serie de empresas ligadas a la cultura y la educación: la Junta de Cultura Española, la Unión de Profesores Españoles en el Extranjero, la Editorial Séneca y los colegios, que fueron muchos en México y en provincia.³⁹ Y cabe resaltar que en el ámbito de la cultura surgieron también editoriales privadas como Oasis; imprentas, como la Madero y hasta librerías como la Cristal. Famosas fueron las revistas creadas en aquellos primeros años, algunas de las cuales perduran. Es el caso de las revistas *Ciencia y España Peregrina*, esta última pronto adquirió una dimensión inesperada y se convirtió en *Cuadernos Americanos*. A *España Peregrina* le pasó lo que a La Casa de España, que pronto se transformó en El Colegio de México. Hoy *Cuadernos Americanos* es punto de unión y comunicación del pensamiento en español de gran parte de un continente.⁴⁰

En suma, en estos primeros años se logró una infraestructura de pequeñas industrias que aliviaron la situación económica y se creó una serie de empresas enfocadas a la edición y venta de libros, lo cual era muy importante para dar a conocer el pensamiento de los que llegaron. Dicha infraestructura actuó como una morada acogedora y hoy la vemos como un símbolo del esfuerzo por ganar el exilio con la pluma, de abrirse camino en el mundo cultural mexicano y dar a conocer el pensamiento de los recién llegados, sus creaciones y valores.

A medida que se rehacía el tejido social del exilio, se rehacía también la vida política.⁴¹ Los partidos reagruparon a sus miembros y comenzaron sus contactos dentro y fuera del país. La morada mexicana era generosa, pues en ella los republicanos compartían valores políticos y sociales y encontraban eco a sus ideas. Y si bien respetaban

³⁹ Además de la red de los Colegios Cervantes, se fundaron el Vives, el Madrid, la Academia Hispano-Mexicana y otros. Sobre los colegios y las ideas pedagógicas véase Juan José Reyes, “Escuelas, maestros y pedagogos”, en *El exilio español en México, 1939-1982* [n. 20], pp. 177- 203. Sobre la escuela Manuel Bartolomé Cossío, puede consultarse la entrevista con José de Tapia en Hernández de León-Portilla, *España desde México* [n. 6], pp. 393-405.

⁴⁰ *España Peregrina* fue fundada por la Junta de Cultura Española en México en febrero de 1940. La dirigían José Bergamín, José Carner y Juan Larrea. En 1942 pasó a ser *Cuadernos Americanos* bajo la dirección de Jesús Silva Herzog.

⁴¹ Los difíciles momentos de la adaptación pueden verse en Ascensión Hernández de León-Portilla, “El primer año del exilio español en México”, *Historia 16* (Madrid), año IX, núm. 94 (1984), pp. 11-22.

totalmente el deber de asilo, que es el de no intervenir en la política del país que acoge, tenían entera libertad para seguir imaginando los posibles cambios en España una vez que acabara la Segunda Guerra Mundial. Esperaban la coyuntura y, llenos de esperanza, a fines de 1943, partidos republicanos, socialistas y catalanistas firmaron un pacto para restaurar la República Española y crearon la Junta Española de Liberación.⁴²

En vísperas del final de la guerra, hubo una reunión de las Cortes españolas en la Ciudad de México y en agosto y noviembre de 1945, el gobierno mexicano dotó de extraterritorialidad al Salón de Cabildos de la ciudad. La República Española quedó instaurada bajo la presidencia de Diego Martínez Barrio (1883-1962) y la jefatura de José Giral (1880-1962). México se convirtió en el centro de gravedad del exilio y por unos años se vivió la esperanza del retorno. Pero la Guerra Fría cambió la coyuntura y el gobierno de Franco se consolidó a partir de 1950. A partir de entonces, la República Española desafió a la historia acogida en su morada mexicana y resistió hasta 1977. México le proporcionó el espacio físico y el ambiente espiritual para perdurar por años: todo lo que rodeaba la República tuvo un estatus de reconocimiento y prestigio. Cada presidente que subía al poder estaba obligado a confesarse paladín de la República Española, estaba presto a hacer profesión de fe en los hombres y en los ideales del transtierro español y cada 14 de abril hacía declaraciones a la prensa y asistía a una comida con los miembros del gobierno republicano. Y si bien la República como entidad política vivió en una soledad acompañada por México, conservó su rostro de dignidad y se fortaleció como símbolo de legitimidad de una época histórica frustrada dentro del convulso siglo xx. La España peregrina tuvo también su morada política hasta que en 1978 el gobierno republicano se autodisolvió y sus moradores recuperaron plenamente la ciudadanía española dentro de una monarquía legitimada en referéndum.

Mientras los intelectuales españoles daban ejemplo de apoyo a los ideales de una España democrática y tolerante, los que llegaron en 1939 aceptaban un exilio plenamente mexicano y fortalecían su identidad de refugiados, se empatriaban, se mexicanizaban, se enraizaban, y los jóvenes se casaban con gentes de la tierra, daban ejemplo de trabajo y buena conducta social. Construían su vida conforme a sus ideales del pasado en un presente mexicanizado y con ellos se hizo poco a

⁴² Los partidos eran cinco: Izquierda Republicana, Unión Republicana, Izquierda Republicana de Catalunya, Acció Catalana Republicana y Partido Socialista Obrero Español, véase Pla Brugat, *Pan, trabajo y hogar* [n. 6], pp. 97-98.

poco un tipo de inmigrante que hoy es símbolo, el de refugiado de la República Española. El símbolo es ya pieza intangible del tesoro respetada por todos, inclusive por los conservadores, tanto mexicanos como emigrantes tradicionales de España.

En medio de la Guerra Fría, dos moradas más, tangibles, reales: el Orfeó Català y el Ateneo Español de México. El Orfeó se había fundado a principios de siglo, en 1906, cuando la colonia catalana instalada en México decidió darse un lugar de reunión y sobre todo de actividad musical. Desde el principio el coro del Orfeó tuvo gran aceptación en la vida musical en los últimos años de la época de Porfirio Díaz (1830-1915). Muy pronto, de centro musical se convirtió en club social y cultural, con un buen cartel de arte dramático. Y pronto también estableció relación con el Orfeó de Barcelona y se conectó con la vida política de Cataluña, con la Mancomunidad catalana, que organizó el movimiento autonomista durante la monarquía de Alfonso XIII.⁴³

La llegada de los refugiados en 1939 supuso una nueva época para la institución. El Orfeó les dio una acogida emotiva y cálida y los recién llegados se integraron rápidamente y fueron como una nueva savia que dio vida a la morada catalana. Además de un buen servicio de atención médica, el Orfeó pudo revitalizar las diversas secciones de cultura, deportes, canto, política, y estableció relaciones con otros centros catalanes. Hubo diferencias internas entre los antiguos socios y los nuevos, entre los distintos grupos políticos.⁴⁴ Pero en 1942 se logró convocar a los Grandes Juegos Florales, elemento de unión y de catalanidad. Miquel Martí i Soler, estudioso del Orfeó Català, señala que “los juegos florales del exilio tienen una importancia capital y constituyen la proyección internacional más amplia de la cultura catalana”.⁴⁵ Se instituyó el premio Lluís Company para los citados juegos y se incrementó la literatura en catalán.

Parte importante del cultivo de la lengua fueron las revistas en catalán: primero fueron *Quaderns de l'Exili*, en 1943, y *Butlletí de l'Orfeó*, seguidas por *La Nostra Revista* en 1946; en 1952 se funda *Pont Blau*; en 1962, *Orfeó Català*; en 1964, *Xàloc* y en 1985 la *Revista de l'Orfeó Català*. Por su parte Agustí Bartra (1908-1982), fundó en 1944 una revista literaria, *Lettres*. El Orfeó se convirtió en un foco de catalanidad y de proyección catalanista. En él tuvieron una

⁴³ Datos sacados del trabajo de Miquel Martí i Soler, *L'Orfeó Català en Mèxic (1906-1986)*, Barcelona, Curial, 1989.

⁴⁴ Los anarquistas y los miembros del Partido Socialista Unificado de Cataluña se desvincularon del Orfeó, *ibid.*, p. 76.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 87.

fuerte presencia grandes figuras del exilio, algunos profesores universitarios, otros redactores de revistas y editores, como Luis Nicolau D'Olwer (1888- 1961), Pedro Bosch Gimpera (1891-1974), Josep Carner (1884-1970), Juan Roura Parella (1897-1938), Eduardo Nicol (1907-1990), Augusto Pi i Suñer (1879- 1965), Avel·lí Artís-Gener (1912-2000), José María Miquel y Vergés (1904-1964), Bartomeu Costa Amic (1911- 2002), Ramón Fabregat y Martí Soler Vinyes.

El Orfeó siempre estuvo en contacto con el gobierno de la Generalitat y propició numerosas conmemoraciones de tipo político. Su peso dentro del catalanismo fue tan grande que en 1954 propuso a Pablo Casals para presidir la Generalitat. Casals no aceptó y fue nombrado Josep Tarradellas, quien tomó posesión de su cargo en la ciudad de México, en la embajada de la República española. Actividades importantes del Orfeó fueron también las conmemoraciones de hechos históricos y de personajes de Cataluña; hubo, en frase del citado Martí i Soler, “un momento de máximo esplendor entre 1954 y 1964, una proyección de Cataluña en México”.⁴⁶

En suma, en el Orfeó encontraron los catalanes un espacio donde cultivar su lengua, vivir su historia, proyectar su pasado, acoger sus creaciones y sentirse catalanes.⁴⁷ A pesar de las diferencias entre los viejos y los nuevos catalanes, “el Orfeó fue el cuartel general de los catalanes” y “los refugiados habrían de hacer vivir al Orfeó sus días de mayor esplendor”, afirma Dolores Pla en su obra *Els exiliats catalans*.⁴⁸ Pronto, el Orfeó fue morada y símbolo donde la catalanidad conservó su identidad y su capacidad de creación en el todo de la diáspora española que pobló el espacio americano y que guardó un pasado para recuperar el futuro.

En 1949 se fundó el Ateneo Español de México. El Ateneo se debió a la voluntad de un grupo de intelectuales que quiso reconstruir la morada vital colectiva de los refugiados en un momento en que la vuelta a España estaba lejana. En la década de 1940 había muchas agrupaciones de españoles en la Ciudad de México, además de los cafés, que tuvieron un papel relevante como centros de recreo y de catarsis para sacar fuera la amargura de la derrota. Pero se sentía la necesidad de un espacio integrador donde hubiera de todo un poco:

⁴⁶ *Ibid.*, p. 129.

⁴⁷ Algunos datos sobre el Orfeó en Teresa Miaja y Alfonso Nava, “Creación de organismos, mutualidades, centros de reunión, instituciones académicas”, en *El exilio español en México, 1939-1982* [n. 20], p. 111.

⁴⁸ Dolores Pla Brugat, *Els exiliats catalans: un estudio de la emigración republicana española en México*, México, INAH, 1999, p. 252.

ideología, política, cultura, recreo, mucha convivencia y mucha discusión. Un espacio sin fronteras donde respirar una atmósfera abierta y donde se aceptaran los intereses de todos: republicanos y menos republicanos, moderados y acelerados, creyentes y agnósticos, centralistas y federalistas, sabios y hombres del común, gente de todas las condiciones sociales. El paso hacia la creación lo dio el grupo que venía editando la revista *Las Españas*, creada en 1946 por iniciativa de Manuel Andújar (1913-1994), José Ramón Arana (1906-1974), José Puche Planas (1921-2001) y Anselmo Carretero (1908-2002). Pronto se consolidó como una de las mejores del exilio.⁴⁹

El 4 de enero de 1949 se logró reunir la Asamblea Constituyente y el 16 de marzo se celebraba la primera sesión. En los estatutos se plasmó el espíritu del grupo: recrear, fomentar, estimular y divulgar la cultura española; incrementar los vínculos de la comunidad transterrada y mantener el ideal de libertad y democracia con la esperanza puesta en el mañana del pueblo español.⁵⁰ Los sucesivos presidentes cumplieron estos ideales y mantuvieron el “régimen de tribuna libre y puerta abierta” como decía José Luis de la Loma (1901-1991), durante muchos años su primer secretario.⁵¹ Por ello, muchas agrupaciones del exilio participaron en la fundación del Ateneo y sus miembros fueron socios de él. En realidad, el Ateneo supo reunir a los más prestigiados intelectuales de la segunda mitad del siglo xx, tanto españoles como mexicanos; por él han pasado todas las generaciones del exilio: la del 98 representada por Rafael Altamira (1886-1952); la de 1914, con figuras como Enrique Díez Canedo, Agustín Millares Carlo (1893-1980); y la de 1927 representada por José Gaos, Luis Cernuda (1904-1963), Niceto Alcalá Zamora y Castillo (1906-1985) y Juan Comas, además de mexicanos ilustres como Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Isidro Fabela (1882-1962), los hermanos Manuel y Antonio

⁴⁹ Sobre la revista puede consultarse la entrevista a Anselmo Carretero, en Hernández de León-Portilla, *España desde México* [n. 6], pp. 151-173. De esta misma autora, “La revista *Las Españas* cincuenta años después”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 285-304. Un estudio exhaustivo es el de James Valender y Gabriel Rojo Leyva, *Historia de una revista del exilio (1946-1963)*, México, El Colegio de México, 1999.

⁵⁰ Datos sacados del ensayo de José Luis de la Loma, “El Ateneo Español de México”, incluido en Abellán, *El exilio español de 1939* [n. 22], vol. 3, p. 286.

⁵¹ *Ibid.*, p. 287. Los primeros presidentes fueron médicos: Joaquín D’Harcourt (1896-1969), José Puche Álvarez y Eduardo González Sicilia. En 1979 fue nombrado Eulalio Ferrer (1920-2009) y poco después Moisés Gamero (1911-1994). En 1988 correspondió a Leonor Sarmiento dirigir la institución hasta el 2004, año en que fue elegido Carlos Vélaz Ocón. En marzo del 2009 fue nombrada presidenta Carmen Tagüeña Parga.

Martínez Báez, Octavio Paz (1912-1998) y Juan Soriano (1920-2006), entre otros. Intensamente también participan muchos miembros de los que llegaron muy jóvenes y que despuntaron hacia 1950 con una identidad propia hispano-mexicana: Luis Rius, Nuria Parés, Angelina Muñiz, José Pascual Buxó, Juan Benito Artigas, Augusto Fernández Guardiola, entre muchos más.⁵²

Pero, además de un espacio donde se cultivara el mundo de las ideas con espíritu abierto en concordia y diálogo, en el Ateneo se cultivó la memoria histórica colectiva cimentando el pasado, porque cualquier proyecto que busque la conquista del porvenir, debe fortalecer su raíz, su ayer. Además, cada exiliado había experimentado el dolor de la separación de su tierra y la interrupción de una etapa de su vida, es decir, la pérdida de un espacio y un tiempo que le eran propios y únicos. Y si la pérdida del espacio era irreparable, al menos a corto plazo, no sucedía lo mismo con el tiempo. Éste podía ser recuperado anudándolo al pasado y orientándolo hacia un futuro. Es por eso que el cultivo de la memoria colectiva ha sido, sin duda, una de las tareas primordiales del Ateneo.

Hoy día podemos ver al Ateneo como la morada vital del exilio donde caben todas las posturas y donde se ha ido decantando un pensamiento y un estilo de ser. En su ya larga vida, ha ido cambiando y adaptándose a un presente, integrando a las nuevas generaciones. Es como un río por donde corre el espíritu humanista de la España del siglo xx mezclado con el espíritu humanista de México que le da soporte y calor. Su sentido actual es el de ser símbolo y legado de la integración de dos pueblos que comparten lengua y cultura. Es una pieza del tesoro que hoy pulimos y traemos a la memoria.

*Una última morada:
la morada del dolor y de la esperanza*

EN esta breve descripción de las moradas que México creó y que sus moradores convirtieron en símbolo, que para nosotros son piezas de un tesoro, faltan muchas otras, algunas muy humildes, de un solo morador, dedicado a cultivar los valores por los que luchó y a rescatar la memoria de su pasado. La vida en todas ellas y la construcción de un símbolo perdurable no fue fácil, pues el dolor de la expulsión y la lejanía de la tierra era una sombra que los acompañó en todo momento.

⁵² Para más datos y nombres, véase Hernández de León-Portilla, “Quinto Centenario: cuatro décadas del Ateneo Español de México” [n. 1], pp. 147-163.

Hubo unos años de esperanza, a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, años en los que, recordaba Wenceslao Roces (1897-1992), “íbamos el 1º de enero a ver amanecer el año de la vuelta a España”.⁵³ Pero, a mediados de siglo, el exilio se sentía como “un desgarrón que no acaba de desgarrarse, una herida que no cicatriza, una puerta que parece abrirse y no se abre”, y el exiliado “como un hombre en vilo, sin asentarse en la tierra”, en palabras de Adolfo Sánchez Vázquez.⁵⁴ Fueron los años del dolor y las desventuras que los poetas de la Generación del 27 vertieron en poesía en libros y revistas literarias, porque el dolor produce poesía y la poesía liberación. Hoy podemos leer la poesía y revivir aquellos años en las antologías del exilio. A modo de ejemplo recuerdo los siguientes versos:

No vivo en ti, no vivo en mí, no vivo
sino ardiendo entre llama y luz de ausencia
presente sobre el tiempo y la impotencia
de esta raíz que tiene el ser cautivo.

Mi existir es diferente
de acá para allá movida
cien fronteras vio mi frente
un caminar es mi vida
Pero como tú la tierra
la tierra llevo en mi herida.

No desterrado, enterrado
serás tierra, polvo y germen.⁵⁵

Son muchos los ejemplos de poesía forjada por esta generación en la que el dolor aflora ante la pérdida de una tierra que se les había escapado de las manos. En la poesía se crea un espacio vivo en el que se reflexiona sobre la pérdida y se va aceptando la nueva tierra. Nada mejor que uno de los sonetos de Adolfo Sánchez Vázquez, fechado a finales de 1940:

⁵³ Entrevista a Wenceslao Roces, en Hernández de León-Portilla, *España desde México* [n. 6], p. 329.

⁵⁴ Adolfo Sánchez Vázquez, “Fin del exilio y exilio sin fin”, en *Del exilio en México: recuerdos y reflexiones*, México, Grijalbo, 1997, p. 36.

⁵⁵ Estos versos pertenecen a Juan Rejano, Concha Méndez (1898-1986) y Enrique Díez Canedo, respectivamente, y están contenidos en el libro *Homenaje a México*, México, Ateneo Español de México, 1983, s.p. Cabe mencionar que existen muchas antologías del exilio; una de las más recientes es la de James Valender y Gabriel Rojo Leyva, *Poetas del exilio español: una antología*, México, El Colegio de México, 2006.

Comprendo que mi vida está fundada
en no afirmar las plantas en el suelo
donde tengo la vida transplantada
¡Oh tierra que me ofreces tu consuelo!
dejándome seguir mi derrotero
más cerca estoy de ti, más prisionero.⁵⁶

El dolor y la desventura fueron también tema favorito de la poesía de los que llegaron niños, como un destino inescapable de su linaje. Me refiero a la generación que empezó a despuntar a la vida literaria hacia 1950 y que se conoce como “Generación hispano-mexicana”, “Generación de 1950” y que alguien llamó “Generación *nepantla*”.⁵⁷ En libros y revistas, esta generación fue dando forma poética al mundo de sus sentimientos y sufrimientos dentro de un pasado que, como en el ciclo de romances de don Rodrigo y la pérdida de España, era sombra constante de sus vidas y desgarró de sus almas. Uno de ellos, Arturo Souto, en un ensayo escrito en 1954 donde estudia su propia generación, pregunta a sus compañeros y a sí mismo: “¿A qué mundo pertenecen? ¿A qué mundo pertenecemos?”. Con dolor afirma también que no han resuelto su posición que es dual y dañina y que están encerrados en una atmósfera de destierro creada por sus mayores.⁵⁸

Otros de sus miembros, José Pascual Buxó, en el emotivo ensayo “Las alas de Ícaro” habla de “los muchos riesgos y las contadas venturas” de esta generación. Ellos, dice Buxó, son como Ícaro, siempre infeliz en los laberintos que su padre, el ateniense Dédalo, construyó en el destierro, primero en Creta y después en otra lejana tierra. Para Buxó, Dédalo personifica a los padres del exilio, los que en su intento de construir una España democrática fracasaron y tuvieron que exiliarse. En su nueva tierra, se dieron a la tarea de hacer un nuevo “laberinto” en el que pudieran ser fieles a sí mismos y sus hijos fueran felices. Pero en su lectura del mito, Buxó, hecho Ícaro, “experimenta con su padre el más extraño de los destierros: vuelto el pensamiento al pasado ambos (padre e hijo) vivieron ausentes del presente; héroes de la huida, sólo fueron capaces de ensoñarse en la ambición de un posible retor-

⁵⁶ Adolfo Sánchez Vázquez, “Mi trato con la poesía en el exilio”, en Rose Corral, Arturo Souto y James Valender, eds., *Poesía y exilio: los poetas del exilio español en México*, México, El Colegio de México, 1995, p. 413.

⁵⁷ Se dice que fue el historiador del arte Francisco de la Maza. Con la palabra *nepantla*, que en náhuatl quiere decir *en medio*, quiso él marcar la falta de una identidad definida.

⁵⁸ Arturo Souto, “Nueva poesía española en México”, *Ideas de México*, núms. 7-8 (1954), parte 1, pp. 240-245, y parte 2, pp. 31-37.

no”. Finalmente Ícaro, presa de la angustia, emprende el vuelo y se pierde en el Hades, “donde continúa preguntándose en vano el nombre de su patria y de su origen”.⁵⁹

El dolor de esta generación se manifiesta intensamente en la soledad. Angelina Muñiz la recrea en su ensayo “La poesía y la soledad del exilio”. Afirma ella que “si el equilibrio del mundo ha sido roto y el hombre retorna a su calidad de nómada, ansía encontrar una medida que le devuelva la pausa de las horas... que le devuelva la palabra. La poesía se convierte así en “una vía de conocimiento y de redención”.⁶⁰ El dolor también se manifiesta en el desarraigo, tema del ensayo “Luis Rius: corazón desarraigado” de Gonzalo Celorio. Señala Celorio que cuando Rius volvió a España, “sintió una heredad perdida, se supo de otra parte en donde también, ¡ay!, era extranjero”.⁶¹

En verdad, sentimientos y sufrimientos marcharon de la mano por el camino del dolor y del desarraigo, y, como en el caso de sus mayores, la poesía de los miembros de la Generación de 1950, fue el universo de creación, no sólo literaria sino de un espacio y un tiempo que alimentó sus vidas y dio un sentido trascendente a su quehacer poético. En este espacio, la poesía fue también un símbolo construido día a día en el incesante preguntarse por el yo. Hoy podemos ver esta poesía doliente como un símbolo de la pérdida que todo exiliado lleva consigo convertida en musa trascendente y necesaria para la creación literaria. Con los años, la poesía doliente es un legado que guarda un existencialismo poético mexicano, aportación singular a la literatura universal y pieza muy pulida del exilio como tesoro.

*Una última morada:
la morada de la mexicanidad*

“**P**ERO el tiempo que mata también cura”, dice Sánchez Vázquez en su citado ensayo. “Surgen nuevas raíces: los hijos, los amigos, los nuevos amores y las nuevas penas. El presente comienza a tomar vida y cuan-

⁵⁹ José Pascual Buxó, “Las alas de Ícaro”, en Corral *et al.*, eds., *Poesía y exilio* [n. 56], pp. 395 y 397. Una respuesta a esta versión de Ícaro la ofrece Ascensión Hernández de León-Portilla en su ensayo “José Pascual Buxó: entre Ícaro y Penélope”, en *De palabras, imágenes y símbolos: homenaje a José Pascual Buxó*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2002, pp. 3-14.

⁶⁰ Angelina Muñiz-Huberman, “La poesía y la soledad del exilio”, en Corral *et al.*, eds., *Poesía y exilio* [n. 56], p. 375.

⁶¹ Gonzalo Celorio, “Luis Rius: corazón desarraigado”, en *ibid.*, pp. 461-468. Sobre el sentimiento de sentirse extranjero, véase Gabriel Rojo, “Luis Rius y el arte de extranjería”, en *ibid.*, p. 451.

do desaparecen las causas del exilio, el exiliado descubre que si vuelve, una nostalgia se adueñaría de él”.⁶² Los que por años se sintieron dolientes y desarraigados siguieron en su nueva tierra creando sin cesar. Y cabe preguntarse si el sentirse extranjeros en su mundo poético no fue sino una fuente de inspiración inacabable; si el “arte de extranjería” como lo llamó Luis Rius no fue sino una dolencia acariciada con la cual dieron sentido a su vida.

El hecho es que en 1975 muere Franco y en 1977 las autoridades del gobierno republicano español dan por terminada la República. Es el final del exilio y el principio de una nueva etapa, la del “exilio sin fin”. Los que llegaron hace ya muchos años están enraizados y han hecho de sus moradas mexicanas un símbolo que no pueden dejar. El símbolo representa mucho: la conservación de sus valores, sus logros profesionales, sus nuevos afectos, su amor a la tierra, su mexicanidad. La mexicanidad es algo que se adquiere desde que pisaron tierra, desde que llegaron a Veracruz. Juan Rejano nos describe este momento en su *Esfinge mestiza*, el libro que lo sitúa entre los últimos cronistas del Nuevo Mundo:

Señor, le dijeron en la calle ¿es usted español?

Sí, le respondo.

¿De los que acaban de llegar?

Sí, vuelvo a responder.

¿Qué no me haría usted el favor de venir a comer con nosotros a su casa?

Éste fue el primer golpe de mexicanización. Después vinieron otros muchos más que los exiliados recibieron con gusto y complacencia. Tanta, que José Puche solía decir que dada la situación de España, ser mexicano “es ser mucho más español que los españoles de Franco”. Pero el encuentro de lo mexicano no fue fácil, pues el recuerdo de lo perdido era intenso y no se desvanecía fácilmente. Nuria Parés lo describió con precisión:

Años de soledad en los que el recuerdo de lo que había quedado atrás fue cobrando el perfil del paraíso perdido. Cuando llegué a México, busqué, como tantos de nosotros, lo que había de español aquí, un asidero, y tardé en reconocer que lo que había de español aquí no era español, era mexicano y que así, como mexicano, había que quererlo.⁶³

⁶² Adolfo Sánchez Vázquez, “Fin del exilio y exilio sin fin”, en *Del exilio en México: recuerdos y reflexiones*, México, Grijalbo, 1991, p. 34.

⁶³ Nuria Parés, “Poesía y vida”, en Corral *et al.*, eds., *Poesía y exilio* [n. 56], p. 387.

La búsqueda de lo español fue una preocupación heredada del humanismo que traían, es decir, del cultivo de una serie de creencias y valores que formaron parte de la experiencia histórica que les tocó compartir. La mayoría de los profesores había heredado de sus maestros las preocupaciones y los empeños de imprimir una nueva orientación a la historia de España. Esas preocupaciones tenían que ser conservadas para establecer el *continuum* de su propia historia.

Pero precisamente, ese cúmulo de valores humanísticos del que eran portadores se fecundó con el despertar de una nueva conciencia del mundo hispánico desde una perspectiva americana. En las universidades y en otros centros académicos del país, los españoles pasaron muchas horas conviviendo con sus anfitriones mexicanos y poco a poco empezaron a compartir sus inclinaciones e intereses. Paulatinamente se sintieron atraídos por las humanidades y las ciencias de México y se adentraron en la investigación de los temas de esta tierra. Sin dejar de cultivar el humanismo español, aceptaron como suyas las tareas de los mexicanos y con ellas un humanismo mexicano; se enriquecieron con una doble raíz que engrandeció su labor.

Además, al aceptar los valores y las preocupaciones mexicanas como propias, proyectaron una imagen nueva del español que venía a América, la imagen del español americanizado, hermanado con los americanos. Esta imagen a su vez, despertó en México el interés por lo español. En un momento clímax de exaltación del indigenismo que se vivió en los años de la posrevolución, comenzó un proceso de acercamiento de los valores hispánicos que dieron forma a un nuevo rostro de España en México. Gracias al nuevo rostro, hubo también una apertura hacia la recuperación de la herencia hispánica y puede decirse que esta recuperación fortaleció lo hispánico de México, que es mucho, aunque México nunca ha sido un país hispanista.

Fue así como la morada del dolor y la tristeza, la desventura y el sufrimiento se hizo más y más mexicana. En las aulas y en los libros, en los colegios y en las casas, lo mexicano fue el eje de la vida siempre bajo el cobijo de la lengua compartida. Hasta que finalmente, “las ramas del árbol”, es decir, los hijos de los exiliados, se hicieron raíces en la nueva tierra, se integraron al suelo mexicano. Conservaron ellos su “conciencia de origen”, como la llama Federico Patán, como memoria y como vivencia, no exenta de nostalgia, armonizada plenamente con un mundo real mexicano en un presente que comparte amor a México y a España.

Esta es la última morada del exilio, la más trascendente y profunda. Es como la última morada del *Castillo interior* de Santa Teresa, en la

que el alma alcanza el diálogo con Dios. En la morada mexicana se construye día a día un diálogo en el corazón, un diálogo de sosiego y armonía de lo español y lo mexicano. En el corazón de cada exiliado hay un pacto sellado y eterno de amor a España y a México. En el corazón de los mexicanos, hay también un pacto de amor a los que llegaron para entregarse a lo mexicano. Por eso los refugiados son parte del proyecto de vida del país. Éste es el mejor legado del exilio, símbolo de fusión de dos pueblos que se encontraron hace siglos; es la mejor pieza del exilio hecho tesoro andante que peregrina sin cesar.

Reflexiones finales

ESTE ensayo, construido sobre la figura del exilio como varias moradas donde los moradores edificaron símbolos y dejaron un legado y un tesoro, nos lleva a evocar al México posrevolucionario y a su figura por excelencia, Lázaro Cárdenas, que acogió a los exiliados, hizo suyos sus valores y los incluyó en un proyecto de vida que sigue siendo nuestro. En la acogida de Cárdenas podemos ver la gran dimensión de su ideario y también la voluntad de reconciliación de un pueblo y de su presidente tras un siglo de desencuentros con España.

El exilio cambió la imagen del español heredada de la Independencia y la Revolución. Para México, la Independencia fue una herida originada en una larga y cruel lucha entre hermanos que aumentó el resentimiento hacia el pasado colonial y que dio lugar a un nacionalismo en el que se confrontó el pasado indígena con el novohispano, el indigenismo contra el hispanismo. Para España, la Independencia fue una separación inaceptable que derivó en intentos de reconquistar al que había sido su primer virreinato de América. De hecho, España no reconoció a México hasta 1836 y aunque hubo emigración española a lo largo del siglo XIX, en esa etapa los dos países vivieron una historia inestable y alejada.

En la Revolución, México se planteó de nuevo su razón histórica y la halló en su pasado indígena, en un indigenismo de fuertes pinceladas, de tal manera que el emigrante tradicional era visto como el hombre que venía al Nuevo Mundo en busca de riquezas, por más que a menudo era un motor en la economía del país y se mexicanizaba totalmente. La República Española mostró un cambio de imagen: borró la España militarista, clerical y aristocrática y este cambio de imagen se consolidó cuando, después de la derrota, los republicanos se enraizaron en México. Aquí aceptaron con complacencia su “patria de destino”, como la llamó Jose Gaos, se hicieron transterrados y aportaron su saber y su

esfuerzo al proyecto revolucionario. Sin duda, el exilio español rompió el viejo paradigma del alejamiento y dio paso a uno nuevo basado en el acercamiento, en la recuperación de muchos valores hispánicos.

Hubo también lo que Leopoldo Zea llamó una “convergencia histórica y filosófica” entre los ideales de republicanos y revolucionarios.⁶⁴ Esta convergencia fue resultado del cambio profundo de ver el pasado que se manifestó en los países de habla española al finalizar el siglo XIX. Pasada la euforia independentista, los países americanos entraron en un periodo de búsqueda de sí mismos y de sus raíces, de lo que José Martí llamó la “América nuestra” para mejor orientar el futuro del siglo XX, claramente amenazado por la política exterior de la potencia del norte, que había sido el modelo al proclamarse la Independencia. En esta búsqueda, el punto de partida fue la famosa obra de José Enrique Rodó, *Ariel* (1900) que se considera la llamada a una toma de conciencia de los países americanos en la recuperación de un pasado propio y de la construcción de un nuevo modelo en que sustentar su identidad. En España se vivía una búsqueda similar desencadenada por “El desastre del 98” y protagonizada por la generación que tomó su nombre y por otras generaciones hijas que construyeron la Edad de Plata.

A ambos lados del Atlántico, el mundo académico se replanteó una búsqueda de identidad a través de lo propio, es decir valorando la historia propia y el pensamiento de los pueblos americanos con objeto de cimentar el futuro. Tocó al exilio español, hecho símbolo, tesoro y legado, aportar su esfuerzo en esta búsqueda que ahora toma nueva vida con los centenarios de la Independencia y la Revolución.

⁶⁴ Leopoldo Zea, “Revolución Mexicana y transtierro español”, en *El exilio español en México, 1939-1982* [n. 20], p. 562.

RESUMEN

El propósito de este artículo es valorar la presencia del exilio español en la historia contemporánea de España y de México, en el contexto histórico de la Revolución. Se presenta al exilio como un “tesoro andante” acuñado a través de los años, un tesoro que los exiliados fueron construyendo día tras día gracias a su capacidad creativa en el mundo del pensamiento y al cultivo de los valores por los que lucharon en su país. México les proporcionó muchas moradas — universidades y centros académicos así como diversos espacios vitales donde ellos pudieron rehacer sus vidas y recrear su historia perdida. En estas moradas se mexicanizaron y crearon legados que hoy son piezas del tesoro que se pule y se exhibe sin cesar. El exilio, además, ayudó a recuperar los valores hispánicos, lo que propició un cambio de conciencia en la relación histórica entre México y España; en un contexto más amplio, el exilio aportó su esfuerzo a la búsqueda de un nuevo modelo de identidad entre los países de habla española.

Palabras clave: Revolución Mexicana, Lázaro Cárdenas, exilio español, herencia hispánica, mexicanidad.

ABSTRACT

The purpose of this article is to assess the presence of the Spanish exile in Spanish and Mexican contemporary history within the historical context of the Revolution. In it, exile is presented as an “itinerant treasure” that was coined throughout the years, a treasure that exiles built day after day thanks to their creative capacity in the intellectual sphere and to the cultivation of values for which they had fought in their country. Mexico offered them many abodes — universities and academic centers, as well as different living spaces where they were able to refashion their lives and recreate their lost history. In these homes, they Mexicanized themselves and created cultural legacies that today are part of the treasure that is ceaselessly polished and exhibited. In addition, exile helped them to recover Hispanic values, which propitiated a shift of consciousness in the historical relationship between Mexico and Spain; in a wider context, exiles contributed with their effort to the search for a new identity model within Spanish-speaking countries.

Key words: Mexican Revolution, Lázaro Cárdenas, Spanish exile, Hispanic heritage, Mexicanity.